

Es caprichoso el azar

Eso dice una canción de Joan Manuel Serrat, pero creemos que viajar a Rumania fue más bien una oportunidad que quisimos aprovechar.

Participar en el campo de trabajo de Vascani, en Rumania, fue un regalo que nos encontramos en el aeropuerto de Barajas. Al despedirnos de Javi, un hermano que viajaba a Bolivia, allá por el mes de junio, Joan nos preguntó si conocíamos algún matrimonio dispuesto a participar en este campo de trabajo (¡no hay nada como hablar con la gente!). Sí, conocíamos a ese matrimonio.

Dispusimos el corazón, nos llenamos de ilusión y nos fuimos en familia a transitar caminos nuevos alejados de lo conocido, ¿por qué no renovarnos con un poquitín de riesgo?

Comunicar sobre nuestra experiencia breve, intensa y emotiva es fácil, brota el agradecimiento a:

- Joan y M^a Carmen, por contagiarnos con su alegría, por invitarnos y animarnos, por cuidarnos con esmero.
- Los hermanos de Roma por su constancia y su trabajo entre los jóvenes, y también entre los jóvenes rumanos, por su ilusión en acortar kilómetros.
- Duomna Ica, Duomna Mariana y sus familias, que abrieron sus casas para que entráramos todos, que nos dieron de lo poco que poseen, que nos mostraron una forma muy distinta de ser europeo.
- Los jóvenes, por dejarnos asomar a su corazón, a su oración, a algunas de sus dudas, de sus desafíos, de sus sueños.
- Nuestras hijas,... Itsaso, que tan pocos problemas se hizo con el idioma, las diferencias culturales,... Amaia, por dejarse abrazar por todos y dedicar sus sonrisas.

¿Qué hicimos allí? Poca cosa, dejarnos acoger, dejarnos sorprender, dejarnos enamorar de nuevo por los pobres.

Fuimos huéspedes de honor de aquellas familias que nos acogieron. Somos conscientes de que nos ofrecieron lo mejor que tenían: comida, habitación y todo tipo de atenciones.

Nos sorprendió la pobreza en cada rincón: la ciudad, la carretera, la escuela del pueblo, los carros tirados por caballos circulando por el arcén, la falta de infraestructuras, la lluvia torrencial.

Nos enamoró la alegría de la gente, la nostalgia de quien tiene a algún familiar trabajando en el extranjero, su creatividad para buscar soluciones ante la falta de recursos. ¡Hasta el agua de lluvia recogen y aprovechan para lavar la ropa!

Nos maravilló la fuerza de la fe en esta cultura, nos emocionamos al ver a los jóvenes de Adsis Tineri orando, comprometidos. Jóvenes que no sueñan en acabar sus estudios y volar buscando mejor fortuna, sino quedarse en su país y trabajar por un futuro mejor para otros jóvenes con menos oportunidades. Nos impresionó la forma en que habían preparado todo, programando las actividades con los niños y jóvenes de Vascani, buscando la financiación, la comida, hasta el punto de tener que pelearse con las altas instancias del ayuntamiento. Jóvenes llenos de ternura hacia los chavales con los que trabajaron.

La experiencia resultó bálsamo para nuestro corazón cansado, su fe fortaleció la nuestra, su acogida traducida en café, fiesta, eucaristía... El café sencillo que nos ofrecía Mariana para desayunar (no había otra cosa)... la fiesta en la casa de Florin,



un joven de 28 años enfermo, que va en silla de ruedas y vive en la colina más inaccesible del pueblo... la eucaristía celebrada al calor de un establo.

Nos queda la experiencia intensa y grata de haber recuperado la ilusión por seguir trabajando con los jóvenes, conscientes de que ellos siguen siendo los protagonistas de nuestra vocación.

Puri Gallo y Karlos San Pedro

(Madrid, 2008)